

EL MANDAMIENTO DEL AMOR Juan 13:34-35

Clemente de Alejandría, uno de los más grandes maestros de la Iglesia Ortodoxa Griega del Siglo III, relata que, en cierta ocasión, el Apóstol San Juan vio a un joven en la congregación y, pensando que mucho de bueno podría sacarse de él, lo llevó a presentar al Obispo a quien él mismo había consagrado. *"En presencia de Cristo y ante esta congregación, recomiendo este joven a tus cuidados"*, le dijo al Obispo. De acuerdo a las recomendaciones del Apóstol, el joven se hospedó en la casa del Obispo, quien le dio instrucciones, le mantuvo dentro de la disciplina y al poco tiempo lo bautizó. Pero desde entonces, las atenciones del Obispo se enfriaron, el joven frecuentó las malas compañías y acabó por convertirse en un asaltante de caminos.

Transcurrió algún tiempo, y Juan volvió a donde estaba aquel Obispo y le dijo: *"Devuélveme ahora el cargo que Jesucristo y yo encomendamos a tus cuidados en presencia de tu iglesia"*. El Obispo se sorprendió creyendo que se trataba de algún dinero que se le había confiado, pero Juan le aclaró que se refería al joven que le había encomendado; y entonces, el Obispo exclamó: *"¡Pobre joven, ha muerto!"*. *"¿De qué murió?"*, preguntó sorprendido el Apóstol. *"Ha muerto para Dios, puesto que es un ladrón"*, fue la respuesta del Obispo.

Al oír estas palabras, el anciano Apóstol pidió un caballo y un guía para dirigirse hacia las montañas donde los asaltantes de caminos usualmente tenían sus guaridas. Tan pronto como se adentró por los difíciles senderos de los montes, los ladrones le rodearon y le apresaron. *"¡Para esto he venido!"*, gritó Juan. *"¡Llebadme con vosotros!"* Al llegar a la guarida, el joven ladrón reconoció al prisionero y trató de huir lleno de vergüenza, pero Juan le gritó para detenerle: *"¡Muchacho! ¿Por qué huyes de mí, tu padre, un viejo y sin armas? Siempre hay tiempo para el arrepentimiento. Yo responderé por ti ante mi Señor Jesucristo y estoy dispuesto a dar la vida por tu salvación. Es Cristo quien me envía"*. El joven escuchó estas palabras inmóvil en su sitio; luego bajó la cabeza y, de pronto, se echó a llorar y se acercó al Apóstol Juan para implorarle, según dice Clemente de Alejandría, una segunda oportunidad. Por su parte, el Apóstol no quiso abandonar la guarida de los ladrones hasta que el pecador quedó reconciliado con Dios.

También, el historiador Eusebio, conocido en la Iglesia Católica como San Jerónimo, en el Siglo IV, dice en sus escritos que, cuando el Apóstol San Juan era ya muy anciano y estaba tan debilitado que no podía predicar al pueblo, se hacía llevar en una silla a las asambleas de los fieles de Éfeso y siempre les decía estas mismas palabras: "*Hijitos míos, amaos entre vosotros*". Alguna vez le preguntaron por qué repetía siempre la misma frase, a lo que respondió el Apóstol: "*Porque ése es el mandamiento del Señor y si lo cumplís ya habréis hecho bastante*". De hecho, habrían hecho todo, como vamos a ver hoy.

Esto es el amor a la manera de Dios y el Apóstol Juan por supuesto que había experimentado el amor del Señor Jesucristo en su vida, tanto, que transformó por completo su corazón. Juan es conocido como *el Apóstol del amor*, él escribió más veces las palabras *amor, amar, amaos* y otras similares en sus escritos, que todos los demás escritores de la Biblia juntos. El Señor Jesús había transformado la arrogancia de en ese entonces joven Apóstol en un siervo humilde, servicial y lleno de amor. Así que cuando se habla de amor, Juan es el más indicado para enseñarnos cómo es el amor del Señor Jesucristo, cómo se experimenta ese amor y todos los resultados de amar con un amor así.

¿Y cómo es ese amor del Señor? En nuestro relato Bíblico de hoy el Señor Jesús habla del amor como un mandamiento y sus palabras son dichas en circunstancias para nada placenteras. El Señor Jesús acababa de tener lo que se conoce como la Última Cena, o la cena de Comunión con sus discípulos. Era jueves en la noche, y en unas horas más sería capturado, enjuiciado y sentenciado de la manera más cruel, injusta e ilegal posible. Él Señor sabe eso, y aun así está celebrando con sus discípulos la Cena de Pascua. Y lo hace por tres razones fundamentales: En primer lugar, Él sabe perfectamente por qué está haciendo su sacrificio; en segundo lugar, Él está actuando en obediencia a su Padre; y en tercer lugar, el Señor Jesús siempre aprovechaba cualquier circunstancia que se presentara para enseñar algo que fuera de edificación para sus discípulos, algo que los hiciera madurar en su fe. Cuando hablamos del amor, estas tres cosas se deben de dar para que sea un verdadero amor, un amor a la manera de Dios: sacrificio, obediencia y buscar el bienestar de los demás. En esta misma Cena de Pascua, el Señor anuncia la traición de Judas, según lo relatan los cuatro Evangelios. Era la traición de uno que se decía ser su discípulo, pero que lo siguió por los motivos equivocados y, al final, lo vendió.

Así que las circunstancias no eran para nada agradables para el Señor Jesús, y en medio de esas circunstancias por demás dolorosas, no solo por su muerte cercana, sino por la traición de un supuesto amigo a quien Él amó hasta el final; traición que desata el inicio de ese juicio vil y despiadado, el Señor Jesús lanza un mandamiento a sus discípulos. Las circunstancias aquellas las va a aprovechar el Señor para enseñarles el significado del amor verdadero.

El amor es súper importante para el Señor Jesús; eso es lo que les quiere dejar antes de irse; ese es su legado para ellos; nada había más importante. Alguien puede decir: *“No, el mandamiento que nos dejó antes de irse al Padre es el de hacer discípulos”*, y yo le contestaría a esa persona que tiene razón, pero que el amor es lo que nos impulsa a ser obedientes al llamado del Señor de hacer discípulos en todas partes. El amor es como una fuerza que nos impulsa a ser obedientes para el bautismo, para celebrar la Santa Cena, para diezmar y ofrendar; el amor es el motor que hace que todos los dones y talentos que el Espíritu Santo ha derramado en la Iglesia, funcionen con propiedad. Todas estas cosas se hacen en la Iglesia, pero tristemente muchos las hacen sin amor sino por obligación, o porque se sienten presionados. Solamente “cumplen”, pero lo hacen sin gozo y sin amor. Y el Apóstol San Pablo dice que si no tiene amor, aunque haga un montón de cosas, nada es; y de igual manera con todo lo que tiene, si no tiene amor, de nada sirve (1Co. 13:1-13). Y note que Pablo está hablando, no de cosas frívolas o vanas, sino de dones como el de profecía; está hablando de conocimiento, de repartir a los pobres, de fe, y aún hasta de la muerte. Sin amor de nada sirve; sin amor nada se es. Es más, dice que un día todas estas cosas acabarán, pero que el amor nunca dejará de ser; y al final de ese capítulo, dice que tres cosas son importantes que desarrollemos como creyentes en Cristo: fe, esperanza y amor, y dice que de estos tres, el amor es lo más grande. Y tiene razón el buen Apóstol, porque cuando estemos en la presencia eterna de Dios, la fe y la esperanza ya no serán necesarias, pero el amor sí. Este es el verdadero amor eterno de Dios.

¿Cómo es posible que el amor, que para muchísima gente es solamente un sentimiento o una emoción, se convierta en el mandamiento principal de la Ley de Dios? Sí, el principal, porque el Señor Jesús resumió toda la Biblia en dos mandamientos y los dos tienen que ver con el amor: Amar a Dios y amar al prójimo como así mismo (Mt. 22:34-40). Y dijo que el segundo era semejante al primero; semejante significa que es igual,

idéntico, comparable o parejo. Así de importante es el amor para Dios. ¿Se da cuenta de la importancia de amar? ¿Se da cuenta de la magnitud y alcance del amor a la manera de Dios? El amor hace que cumplamos por completo y satisfactoriamente todo lo escrito en la Santa y Bendita Palabra de Dios. Aquí empezamos a darnos cuenta el por qué el amor se convierte en mandamiento para el creyente, pero hay todavía más.

De regreso a nuestro capítulo de Juan, el Señor Jesús dice que el amor es lo que nos identifica como discípulos de Él (v.35), y quiero enfatizar bastante bien la palabra *discípulos*. ¿Sabe por qué? Porque todos los discípulos del Señor son creyentes en Cristo, pero tristemente no todos los creyentes son discípulos. ¿No me cree? Si todos los creyentes fueran discípulos, entonces todos trabajarían en vivir vidas santas queriéndose parecer cada día más al Señor Jesús; todos estarían comprometidos en la obra del Señor evangelizando, discipulando y enseñando; todos tendrían hambre y sed de estudiar la Palabra de Dios; todos desarrollarían los dones y talentos que el Espíritu Santo les dio; todos diezmarían y ofrendarían con generosidad; todos buscarían ayudar al necesitado sin poner excusas. Nadie pondría otras prioridades en su vida que no tuvieran que ver con Dios, con su Palabra y su obra, y todos confiarían completamente en lo que dice el Señor a través de su Palabra sin titubear como enseña el rey David (*Sal. 26:1*). La Iglesia del Señor Jesucristo sería mucho más grande de lo que es y estaría mucho más fortalecida de lo que está porque todos estarían participando.

¿Qué es lo que falta para que todo esto se dé en todos los creyentes? Sin duda, falta amor. Y si se les preguntara a los creyentes, TODOS dirían que aman, pero es que muchos tienen el concepto equivocado del amor. El Señor Jesús dijo: “*Si me amáis, guardad mis mandamientos (Jn. 14:15)*”. También dijo que cuando somos obedientes entonces es que permanecemos en su amor (*Jn. 15:10*). Así de simple, pero así de profundo y radical. Todo esto me era importante aclararlo aquí.

Ahora, ¿por qué es un mandamiento nuevo? El mandamiento del amor, con el que se cumple toda la Escritura, el Señor Jesús lo tomó del Antiguo Testamento; entonces parecería muy antiguo, para nada nuevo. Y luego, vemos al Apóstol Juan que pone el mandamiento como nuevo y antiguo al mismo tiempo. Juan dice: “*Hermanos, no os escribo mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo que habéis tenido desde el principio; este mandamiento antiguo es la Palabra que habéis oído desde el principio. Sin*

embargo, os escribo un mandamiento nuevo, que es verdadero en Él y en vosotros, porque las tinieblas van pasando, y la Luz verdadera ya alumbra” (1Jn. 2:7-8). ¿Es posible que sea antiguo y nuevo al mismo tiempo? Juan entendió muy bien lo que el Señor quería decir cuando dijo: “*Un mandamiento nuevo os doy*”. En griego existen dos adjetivos que significan *nuevo*. Uno de ellos es *neós*, que indica algo que nunca ha existido antes y por eso es nuevo. El otro es *kainós*, que significa algo que es renovado, algo que ahora tiene una mejor condición. Esta última es la misma palabra que el Apóstol Pablo usa cuando escribe: “*No os conforméis a este siglo sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta*” (Ro. 12:2). Es nuevo en contraste con lo viejo; como cuando también Pablo dice que “*...si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas*” (2Co. 5:17). Aquí el Apóstol utiliza dos veces la palabra *kainós*. Es una renovación completa. El mandamiento de amar en realidad no era reciente sino muy antiguo, pero necesitaba una renovación porque su concepto se había malentendido y corrompido. En nuestros días parece que se ha corrompido más y se ha rebajado su significado a simples expresiones de cariño, al romanticismo, al sexo y cosas así. El amor verdadero necesita renovarse en nosotros cada día hasta que alcance la perfección, para que podamos amar a la manera de Dios. Amar nos hace parecernos más al Señor; amar a los demás refleja el amor que tenemos por el Señor.

Conclusión.

¿Por qué algo que para mucha gente no pasa de ser un sentimiento o una emoción para Dios constituye el principal mandamiento de la Ley? Porque el mundo necesita transformación y el amor transforma vidas. El mundo necesita amor. Una antigua canción de un grupo secular de los años 60's decía: “*Todo lo que necesitas es amor*”. Yo estoy de acuerdo con ellos, pero con el amor a la manera de Dios, no bajo el concepto de ellos. Pero como iglesia, sin duda necesitamos renovar el concepto del amor para entenderlo a la manera de Dios y para amar a la manera de Dios. Cuando lo aplicamos a las personas, el amor siempre busca el bienestar de los demás; recuerde, el amor transforma. Y cuando lo aplicamos a Dios, el amor nos hace ser obedientes a su Palabra, el amor nos lleva al sacrificio por Dios y por los demás, el amor nos impulsa a servir; recuerde, el amor de Dios nos transforma. No existe mayor manera de mostrar el amor a la manera de Dios. El amor se muestra en acción.

Juan dice que no es verdad que amamos a Dios si no amamos al prójimo, porque, ¿cómo no podemos amar al prójimo a quien vemos, pero decimos amar a Dios a quien no vemos? (1Jn. 4:20). Y tiene razón porque no hace ningún sentido. Nosotros, como creyentes y seguidores del Señor Jesucristo, estamos llamados a amar reflejando el amor del Señor que está en nosotros. En la medida en que cada uno de nosotros lo hagamos, empezaremos a ver como nuestro mundo se transforma. Y en estos días que celebramos el amor, hagamos la diferencia mostrando al mundo el verdadero amor, el que procede de Dios, ese amor que está en nosotros, el que nos mueve a hacer las cosas correctas para Dios, el que nos lleva a amar aunque nos hagan daño, el que nos lleva a dar aunque nadie nos dé, el que nos lleva a gozarnos de los logros de los demás aunque nadie reconozca los nuestros, el que nos lleva a estar con el enfermo y afligido aunque nadie esté con nosotros, el que nos lleva a recordar a los demás, aunque nosotros seamos olvidados. Porque hay un Dios que nos ama y que todo lo ve y que todo lo sabe, y Él nos dará la recompensa por la obediencia, porque amar no se trata de mí solamente, se trata de Dios y se trata de los demás. Dios llenará todo vacío que pueda quedar en usted con su amor. Mi consejo es que no busque satisfacción en nada ni en nadie más para ser feliz, porque para ser feliz, Dios, en su vida, es mucho más que suficiente. Su felicidad depende de Dios exclusivamente y Dios le ha llenado con su amor, para que usted también dé amor a la manera de Dios. Amén... Vamos a orar...